

COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EN EL JAPÓN SAGRADO

UN AÑO DE VIAJE ENTRE TEMPLOS, SANTUARIOS,
MITOS, ESPÍRITUS Y OTRAS CRIATURAS MÁGICAS

MICHIKO BARBIERI

TRADUCCIÓN DE DAVID PARADELA LÓPEZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2026

TÍTULO ORIGINAL: *Spiriti e leggende del Giappone*

Colección La muchacha de dos cabezas

© Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano, 2024

www.giunti.it

This edition of the Work is arranged with Giunti Editore

via Oh! Books LiteraryAgency

© de la traducción, David Paradela López, 2026

© Errata naturae editores, 2026

c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-12-2

DEPÓSITO LEGAL: M-4515-2026

CÓDIGO IBIC: WTL

IMAGEN DE CUBIERTA: *De la reyerta*

MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE.	9
UN VERANO EN KIOTO	
SEGUNDA PARTE.	71
LA MAGIA DEL OTOÑO EN TOKIO	
TERCERA PARTE.	129
INVIERNO EN HOKKAIDO	
CUARTA PARTE.	187
PRIMAVERA EN OSAKA	
EPÍLOGO.	239
EL HILO ROJO DEL DESTINO	

PRIMERA PARTE.
UN VERANO EN KIOTO

INTRODUCCIÓN: LA LLEGADA

Una oscura extensión azul se despliega a nuestros pies. He leído que fue Magallanes quien dio nombre a este océano: durante su primera circunnavegación del globo, inmediatamente después de atravesar las turbulentas aguas del estrecho que hoy lleva su nombre, Magallanes se encontró de improviso con unas aguas tranquilas que ya no amenazaban con hacerlo naufragar. O lo que es lo mismo: con un océano pacífico.

Por mis venas corre la sangre de esa isla alargada y estrecha que ahora se acerca, aun cuando nunca haya tocado su tierra ni respirado su aire. Ahí nació mi madre, es cierto. A veces, cuando me contaba historias antes de dormir, engarzaba en ellas elementos ajenos a los cuentos de hadas occidentales: Hansel y Gretel se perdían en un bosque de cerezos y arces japoneses, y en el castillo de la Bella y la Bestia se celebraban suntuosos banquetes en los que se servían bolas de arroz y pescado frito. Sin embargo, mi madre se fue de Japón a Italia cuando todavía era demasiado joven para enseñarme algo más que un poco de japonés y alguna receta que recordaba haber comido de niña, mientras que mi padre nació y creció en Italia. Ésta es una de las razones por las que cada vez estoy más convencida de que regresar aquí, donde se hallan mis raíces, es la elección correcta.

La isla principal y el archipiélago circundante empiezan a asomarse por la ventanilla del avión. Mi japonés dista mucho de ser perfecto, ya que nunca tengo ocasión de hablarlo de verdad; no obstante, cuando oigo el mensaje que suena por la megafonía, enseguida entiendo que nos disponemos a aterrizar.

Bajo los ojos hacia el pequeño libro que tengo en el regazo y recorro las líneas que acabo de leer: «Las deidades protectoras de Japón derivan de los animales representados en las constelaciones chinas y son cuatro, una por cada punto cardinal: el Fénix Rojo del Sur, el Tigre Blanco del Oeste, la Tortuga Negra del Norte y el Dragón Celeste del Este. Se dice que el dragón vela especialmente por la ciudad de Kioto, y que todas las noches se aparece en los alrededores del templo de Kiyomizu para beber de la fuente que hay ahí cerca. Pocos son quienes reciben su bendición, pues está reservada a los corazones más puros, pero quienes la obtengan serán capaces de realizar las hazañas más increíbles».

Cierro el libro, acariciando la cubierta de colores suaves en la que pone tan sólo *Un año en Japón*. Cuando lo he visto, algo escondido entre otros volúmenes en los estantes de la librería del aeropuerto de Milán, me ha parecido que alguien lo había dejado allí a propósito para mí, para que fuera aprendiendo sobre lo que no conozco, para que me sintiera ya un poco en casa, incluso antes de haber aterrizado. No me extrañaría que esta noche, nada más apoyar la cabeza en la almohada, mis sueños se poblaran de dragones azules, tortugas de color obsidiana, tigres blancos como la nieve y aves con alas de fuego.

Apenas me da tiempo a apartar la vista de la ventanilla cuando una voz se pone a hablar muy deprisa conmigo: es mi vecina de asiento, una señora de expresión risueña que, a juzgar por el tono, acaba de hacerme una pregunta. Me da vergüenza pedirle que me la repita, pero quiero responderle, y por eso me trabo. Aprieto los dedos sobre la cubierta del libro, un tanto incómoda.

—Lo siento, no la he entendido... Es que no soy japonesa, soy...

La mujer me mira confusa. «Soy italiana», estoy a punto de decir: he crecido en Italia, como pasta cinco días a la semana y mi pronunciación en japonés siempre me parece nefasta. Para quienes me ven, sin embargo, soy igual que la mayoría de los habitantes de la isla.

Inesperadamente, la mujer sonrío y, cuando vuelve a hablar, lo hace en italiano.

—¿Vienes a ver a tu familia por el Obon?

Titubeo: la verdad es que no. Tengo planes de quedar con un amigo, sí, pero toda mi familia está en Italia.

—No —respondo, algo insegura—, en realidad es la primera vez que visito Japón.

Mi vecina me escucha con atención. Tiene unas arrugas delicadas que le enmarcan la boca, los ojos cordiales y el cabello oscuro recogido en una coleta baja.

A su lado se sienta una niña que se le parece lo suficiente como para pensar que se trata de su hija. Se ha portado maravillosamente durante todo el viaje: no tendrá más de diez años, pero ha estado varias horas enfrascada en la lectura de un libro de vivos colores. De pequeña me parecía a ella: mi madre también me recogía el pelo en dos coletas como las suyas, y a mí también me ha gustado siempre leer. Veo que cierra el libro con cuidado, colocando un marcapáginas de finísima madera incrustada, y siento una gran ternura.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta la mujer.

—Michiko.

—¿Y has hecho este viaje tan largo tú sola?

Sé que a pesar de mis veintisiete años parezco bastante más joven, pero su pregunta me enternece de nuevo.

—Ha habido algunos cambios en mi vida y necesitaba estar un tiempo sola.

Hay una pequeña parte de mí a la que le gustaría contárselo todo a esta mujer tan amable: me imagino diciéndole, simple

y llanamente, que me han roto el corazón y que por eso me he ido. Quizá quienes daban la vuelta al mundo en barco escapaban de un amor que había terminado. Si a Magallanes lo hubiera abandonado de repente la persona con la que creía que iba a casarse y compartir para siempre su vida, tal vez también se habría ido a Japón.

Lo cierto es que sentía que debía venir aquí: ver con mis ojos la tierra donde nació mi madre, vivirla de verdad y encontrar en ella una parte de mí. Cuando se abre un vacío, hay que llenarlo con algo. Y mejor aún si es algo que siempre nos ha pertenecido.

La mujer sigue la línea de mi mirada, que vuelve al paisaje del otro lado de la ventanilla.

—¿Sabes cómo nacieron las ocho islas japonesas? —me pregunta. Niego con la cabeza—. Izanagi no Mikoto e Izanami no Mikoto eran dos deidades del principio de los tiempos, cuando en la Tierra sólo había barro. Un día, los dioses superiores les ordenaron que la transformasen en un lugar donde pudieran vivir los seres humanos. Entonces subieron al Ame no Ukihashi, el puente flotante del paraíso, y clavaron una lanza con la que empezaron a remover el suelo, que se dividió entre la tierra y el agua. Cuando la retiraron, cayó de ella una gota de lodo, que se elevó sobre el barro y se convirtió en la primera isla japonesa, Onogoro, que significa «la isla que se formó sola».

La escucho en silencio, fascinada. La niña que está a su lado nos observa sin decir nada: a saber cuántas veces habrá oído esta historia.

—Izanagi e Izanami bajaron a la isla para convertirla en su hogar, y construyeron un pilar celeste en torno al cual giraban para unirse cada vez que se encontraban. Sin embargo, los primeros frutos de su amor (que acabarían siendo el resto de las islas) no fueron del todo perfectos, porque, como todas las parejas, discutían.

Al decir esto, se ríe y le brillan los ojos. Qué extraño: no se lo he dicho, pero es como si supiera lo que le ha pasado a mi corazón.

—Aun así, siguieron ejecutando su ritual, una y otra vez. Y con cada unión se generaba una isla distinta.

Cuando vuelvo a mirar afuera, temo por un instante que el avión vaya a aterrizar en el agua; por fin, veo aparecer el aeropuerto, y en cuanto tocamos tierra me da la sensación de que ya puedo oler el verano japonés.

La mujer se levanta para recoger su equipaje del compartimento superior y, antes de tomar la mano de su hija y seguir a los demás pasajeros fuera de la cabina, me mira una última vez.

—Te llamas igual que la emperatriz de Japón, ¿lo sabías?

Me imagino con la banda imperial y una corona en la cabeza, y se me escapa la risa.

—Creo que no ha habido ninguna soberana que haya viajado tanto como ella —concluye, sonriéndome otra vez.

—Procuraré estar a la altura de mi nombre —le respondo antes de que se vaya.

Y a pesar de la melancolía que todavía siento, estoy segura de lo que digo.

OBON

Ya en el vagón, me acomodo en el mullido asiento de tela: mientras, la estación de Kansai desaparece rápidamente al otro lado de la ventanilla. La única guía que me he permitido llevar en este viaje es el extraño y práctico librito que me acompaña desde Italia; en la primera página, bajo el título, he apuntado con lápiz el itinerario que tengo preparado para mi estancia en Japón.

Agosto-septiembre: Kioto y la región de Kansai.

Octubre-enero: Tokio, Kanto.

Febrero-marzo: Hokkaido y las regiones septentrionales.

Abril-junio: Osaka.

Hojeo las secciones que tratan sobre las leyendas populares y los lugares más relevantes para visitar, e intento buscar la festividad de la que hablaba mi vecina del avión.

«Obon: festividad budista de verano (se celebra el decimoquinto día del séptimo mes, que puede caer en julio o agosto, en función de los calendarios que se sigan en las distintas zonas de Japón) en la que se recuerda a los ancestros. Se encienden farolillos de colores y se limpian las tumbas de los antepasados. La

celebración dura tres días. Es uno de los momentos más importantes del año y se pasa en familia».

En efecto, en el tren viajan muchos japoneses con maletas enormes: me imagino que vuelven a casa, como en Italia por Navidad.

Cruzamos zonas urbanas y espacios donde las casas están más dispersas y dejan espacio a la vegetación; pasamos por Osaka, donde los raíles atraviesan la ciudad como en una película futurista, y, al cabo de un rato, aparece por fin Kioto.

Mientras el tren se detiene, me pregunto si también para mí el Obon tendrá el mismo sabor que para otros: el de un retorno a casa.

Tras atravesar la estación y salir a una de las calles principales, enseguida me doy cuenta de que reina una gran agitación: cae la tarde, pero las calles están abarrotadas de gente. Por suerte, viajo ligera y no siento ningún cansancio. Oigo la llamada de la ciudad y, para ser sincera, tengo muchas ganas de oírla.

«El mejor lugar para admirar el festival del Obon es el centro de la ciudad, y en especial las orillas del río Kamo», leo en mi inseparable librito. Que así sea: en cuanto logro orientarme, me pongo en marcha hacia allí.

A medida que me aproximo, noto que los edificios altos e imponentes se transforman en casitas bajas de colores rodeadas de verde; a lo lejos, me parece divisar incluso la famosa pagoda de Yasaka, símbolo de Kioto.

En las calles se respira cierta magia, intensificada por los farolillos de colores que se reflejan en el río. A lo largo de la orilla hay instaladas decenas de tenderetes, y los aromas de la comida tradicional flotan en el aire como nubes de fragancia. Me acerco a un vendedor y elijo impulsivamente una brocheta de pulpo relleno de huevo. La carne es de un rojo intenso, igual que el de los farolillos, igual que el de mis mejillas. Muerdo un trocito, tierno y aromático.